

Todos los recuerdos felices

POR
FELICIDAD BLANC

... never send to know for whom the bell tolls; it tolls for thee.

(J. Donne, *Devotions*)

Quizá fuera un personaje creado por él mismo. Si es así había logrado ser —en un país donde la mediocridad y el desdén a la inteligencia es arma habitual— algo que no le perdonarían jamás: la elegancia de ser, como esas figuras difusas en el paisaje, brillante e imperceptible.

La muerte obliga a recordar o al menos sirve para inventar los recuerdos; no sé si es falso, pero lo imagino en medio de un jardín, sonriéndome, con esa sonrisa —que luego descubriría era una mezcla de timidez y elegancia—. Yo debía tener entonces diez años y un traje blanco de organdí.

Para mí, el mundo, o la vida, era un Universo en el que no cabía la tristeza. Después, recuerdo imágenes amarillentas de fotos viejas a las que el tiempo ha ido quitando lentamente su color. Y fragmentos de frases, confesiones, llantos, ruido de bombas, desilusiones y la certeza, poco a poco adquirida, de que ya nada iba a ser como antes.

Es posible que alguna vez, o todas, haya sido injusta con él: entonces todavía, y no lo digo como disculpa, creía que el tiempo, la juventud o la felicidad, eran algo quieto, inmóvil: que siempre existirían las risas, las miradas y el amor, y nunca acabarían los bailes en el jardín.

Pasaron muchos años: yo aún pensaba en él de una forma lejana, como se recuerdan los rostros de la juventud. Fue, una vez más, el destino, aunque parezca ingenuo, lo que me hizo volver a encontrarle.

Seguía con la misma sonrisa escéptica, con sus pasos lentos, pretendiendo disimular toda la delicadeza que se habían empeñado en negarle. Alguna vez parecía un personaje de Proust: en parte era cierto, era un personaje de una época que no se repetirá y pertenecía a un mundo donde, como él mismo me decía, la imaginación y el silencio eran lo único importante.

Ahora, en el momento en que pasamos revista a tantas historias perdidas, creo que es más importante saber que hay gente que todavía puede morir tal y como había vivido: sin dramas, sin llantos, sólo con sus libros y los recuerdos de aquellos a los que quiso hacer felices.

